

pueblo vidriado, esteras, sombreros de paja etc. En cuanto al alojamiento no tenia ningun cuidado. De este modo pensaba traer 2 pesos mas sobre los 3 del débito.

Istlan.—El plano ó llanura de la Barranca.—Venta de Mochitilte.—La Magdalena.—Tequila y el Mascal.

El día siguiente 1.º de setiembre, despues de haber atravesado el Aguacatlan, pueblo de 2,000 almas, que no ofrece nada de particular, llegamos á Istlan, nuestra etapa del día.

El 2 de tiembre, á 5 ó 6 leguas de Istlan, llegamos al Plano de la Barranca. Desde lo alto se desenvuelve á nuestra vista un espléndido panorama: una vasta llanura se estiende mas allá de esta inmensa hondonada, á cuyo fondo conduce una calzada que serpentea por las sinuosidades de la montaña en medio de un caos de rocas graníticas. El Plano de la Barranca es en efecto una planicie encajonada en esta depresion; en sus flancos aparecen escalonados en desórden pinabetes, encinas enebros y otros árboles que han arraigado en medio de estos derrumbamientos; algunos torrentes corren saltando de piedra en piedra haciendo espuma y ruido.

En la planicie hay un pueblecillo indio donde el viajero encuentra frutas y refrigerios que vienen muy á propósito, porque reina en esta profundidad donde el aire está estancado entre paredes calcinadas y ardorosas por los rayos del sol una temperatura pesada y sofocante.

La rampa opuesta es corta y rápida; la llanura descubierta y desnuda que hay en lo alto, pedregosa y volcánica al principio y despues pantanosa, nos conduce á 3 ó 4 leguas del Plano de la Barranca, á la venta de Mochitilte.

En estas vastas regiones donde una pequeña poblacion está muy dispersada, donde el caballo es el modo usual de locomocion, donde los relevos son cosa impracticable ó poco menos, la jornada de un caballo viene á ser el término medio de las etapas: cuando los centros de poblacion están demasiado lejos, aparece una venta donde en otro caso tendria el viajero que dormir al raso como su caballería. La venta contiene varias habitaciones y cuadras, la fonda ó *restaurant*, y á veces la tienda ó almacén de víveres. En una palabra, es el caravanserrallo oriental.

La Magdalena adonde fuimos el día siguiente salvando 8 ó 9 leguas por un pais muy poco interesante es un pueblo de algunos millares de almas, asentado al Norte de un pequeño lago y rodeado en parte de montañas. Hay en él una bella plaza plantada de árboles y algunas casas de proporciones magestuosas. El enlucido de cal se va sustituyendo con variados colores, amarillo, verde, azul, sobre cuyo fondo se destacan en blanco las cornisas y demás adornos.

Algunas rejas antiguas aseguran las ventanas. El edificio que sirve de alojamiento á nuestros hombres, situado en la Plaza Mayor, es de este gusto: tiene un piso y un patio sombreado por algunos magníficos naranjos.

Aquí tuve yo mas dificultades en procurarme las mil quinientas ó mil ochocientas tortillas que necesitaba diariamente para la cena y almuerzo de mis prisioneros. Las vendedoras de tortillas se mostraban siempre desconfiadas, y en cierto modo con razon. Cuando les compraba sus pequeñas existencias, les hacia tan fabulosas demandas, que las pobres creian que me burlaba; creian ó que les iba á dejar hecha la provision, ó que no se la iba á pagar, lo que era siempre una enorme pérdida para ellas que tomaban al fiado la harina. El pobre indio ha sido desde hace siglos tan explotado, se ha abusado de tal modo de su ingenuidad y buena fe, de todos sus sentimientos, en fin, que la inferioridad de ignorancia en que se le ha dejado, la vida no puede pintarse ante sus ojos sino bajo los mas feos colores. Es ladron, sí; pero no por instinto, como tantos sabios fisiólogos osan decir, sino por una especie de derecho, derecho de guerra, por represalias, porque ha sido y es siempre tratado como enemigo vencido.

Asi que me veia en la necesidad de contar una por una las tortillas para no ser engañado en mas de la mitad. A fuerza de paciencia, de dulzura y energía al mismo tiempo, llegaba sin embargo á negociar sobre bases mas fraternales. Pero en la Magdalena mis esfuerzos fueron vanos, pues las vendedoras de tortillas pedian el dinero antes de entregar el género. Pero yo sabia bien que habria perdido mi dinero si hubiera aceptado tales condiciones.

Por fortuna la vieja posadera de nuestro meson, tenia muchas hijas y mozas, que muy luego se pusieron á la obra, proveyéndome de todas las tortillas que necesitaba.

La fabricacion de este pan nacional es el complemento de la educacion femenina en Méjico, y el *metate* es el primero de los quehaceres en que se ejercita una jóven. El *metate* es un pedazo de granito ó de pórfiro sobrepuesto en cuatro pies muy cortos formando un paralelógramo prolongado, ligeramente cóncavo y bastante inclinado, en todo semejante á la piedra en que se machaca el cacao para la fabricacion del chocolate. Arrodillada en una estera y armada de un cilindro de piedra, la vendedora de tortillas estruja los cocidos granos de maiz que contiene una olla colocada á su lado, asi como un vaso con agua para humedecer la pasta oportunamente; una artesa recibe esta pasta, y de vez en cuando, y para descansar de una actitud, tan violenta se levanta la encorvada operaria, toma un poco de la pasta, y sentándose sobre sus talones, se pone á amasar. Primero forma una bola, y despues se

va aplastando hasta el estado de una delgada torta, que se pone entonces en el comal, ancho plato ó fuente de barro de color rojo, que se calienta á fuego lento en una hornilla de adobe, y en pocos instantes se cuece esta especie de pan.

Despues de comer los oficiales, me conducen en casa del cura del lugar, á quien conoce uno de ellos. Es un jóven de mala cara, que no se distingue en nada de cualquier artesano. Nos recibe con una especie de política, cuya frialdad prueba su afectacion, y nos ofrece refrescos. Su conversacion no desmiente su exterior. Hay un crucifijo célebre en la iglesia de la Magdalena, que sudó sangre milagrosamente hace muchos años. Ya no suda, pero la conmemoracion de este acontecimiento es una gran fiesta para el pais el día 26 de setiembre de cada año. Con esta ocasion se celebra una feria de tres dias. Yo hubiera querido hacer hablar al cura sobre este punto, pero se mostró muy reservado conmigo, lo mismo que todos sus iguales con quienes he tenido relaciones. Para este clero ignorante, corrompido y mundano, un extranjero es siempre una nueva encarnacion de Voltaire ó de Lutero, segun que es de raza francesa ó sajona.

Nuestra etapa del 4 es de 7 á 8 leguas; la comarca triste, el suelo árido y pedregoso. Inmensos campos de Maguey anuncian la proximidad de Tequila, la ciudad del mescal. El aspecto de estos secos y pedregosos llanos, llenos de abrojos hace brotar en el espíritu la idea de un círculo de inferno olvidado por el Dante.

No es, sin embargo, una region maldita. Despues del plátano y el maiz, cuya utilidad es mas inmediata, el maguey (agare americana), es el presente mas precioso que la naturaleza haya hecho á Méjico. Robusta y vivaz, esta planta de aspecto real toma muy plebeyamente el jugo de su poderosa existencia en los terrenos mas ingratos y estériles. Su raiz suministra el *mescal* el *pulque* y una especie de melaza que sustituye al azúcar. De sus pulposas y correosas hojas se extrae, machacándolas, un papel análogo al papiro, en que están manuscritos los antiguos documentos aztecas. La parte fibrosa sirve para los techos, ó bien preparada como el cáñamo para cuerdas y aun para telas groseras, pero muy fuertes y provechosas. Una variedad del género da un hilo muy fino que se conoce con el nombre de hilo de pita, con el que los indios de todos tiempos han tejido sus mas bellas telas. Finalmente, sus dardos, cuya herida es peligrosa, sirven de agujas y de clavos.

El maguey está en toda su magnificencia cuando se abre su flor. En un período que, segun los terrenos y las especies, varia de ocho á quince y hasta veinte y cinco años, se eleva un tallo derecho en medio de este haz de hojas macizas y ahuecadas, cuyo desen-

vimiento comun es de 3 metros: el tallo sube por lo regular de 5 á 6 y se corona con una magestuosa guirnalda de flores amarillas que elevan su corola en forma de vaso como para recibir y conservar el rocío que el sediento viajero y las aves del cielo hallan, segun dicen, todas las mañanas. Despues de la eflorescencia, muere la planta; pero brotan de su raiz muchos renuevos.

No solo en el estado salvaje ó como adorno de los jardines, florece el maguey: en el estado de cultivo industrial se explota precisamente en el momento en que el tallo está para brotar de la raiz, entonces en madurez.

Tequila está situado al pie de una alta muralla de rocas, desde cuya cima se ve un bello panorama; una calzada angulosa pero ancha y bien conservada conduce al pie. Esta rampa es una especie de *scala santa*. Los indios y la ínfima clase tranquilizan su conciencia recorriéndola de rodillas. Yo encontré dos penitentes en esta ocupacion.

La poblacion de Tequila me pareció peor que la de la Magdalena. Tambien ví en los alrededores del mercado una horda de vagos casi desnudos, harapientos, llenos de cicatrices que revelaban una vida de azares ó de crímenes y cuyas miradas y palabras dejaban entrever el firme propósito de continuar en el mismo camino. Hasta las vendedoras de tortillas me parecieron mas desconfiadas.

Tequila da su nombre al aguardiente mescal, lo mismo que Cognac lo da á los aguardientes de Francia en general.

Nuestra presencia procuró una noche de tranquilidad á los habitantes de este pueblo que vivian desde algunos dias antes en la aprension de ser invadidos por una partida de ladrones, real ó imaginaria. En los campanarios habia algunos hombres de guardia, los cuales habian de tocar á rebato á la mas leve apariencia de peligro.

La tropa mejicana fue encerrada en sus cuarteles á las siete de la noche, medida de prudencia dictada por la propension de los indios á embriagarse y la facilidad de hacerlo en Tequila. Los prisioneros al contrario, quedaron en libertad hasta las diez; anomalía justificada por la conducta generalmente pacífica de nuestros hombres.

Amatitan.—Guadalajara.—San Pedro.—Hospicio de Belen.

Hay en Amatitan, nuestra etapa siguiente dos ó tres iglesias: yo fui á ver una en compañía de los oficiales con quienes estaba bastante ligado para que prestaran algun dinero, cuyos intereses corren aun. Me aseguraron que la iglesia era muy bonita y aparte la impropiedad de la palabra, no mintieron, porque era en efecto muy curiosa, paredes, altares, todo estaba sobrecargado de pesados retablos, especie de

cuadros esculpidos en madera ó en piedra, de un alto relieve en que cada detalle tratado por el cincel con toda minuciosidad, es no menos minuciosamente tratado por el pincel con una crudeza insoportable.

El conjunto está rodeado de un cuadro fantástico, monstruoso intrincamiento de hojarasca enmarañada y de una eflorescencia mas estravagante aun, que bajo un triste y sucio color amarillo, espera aun el

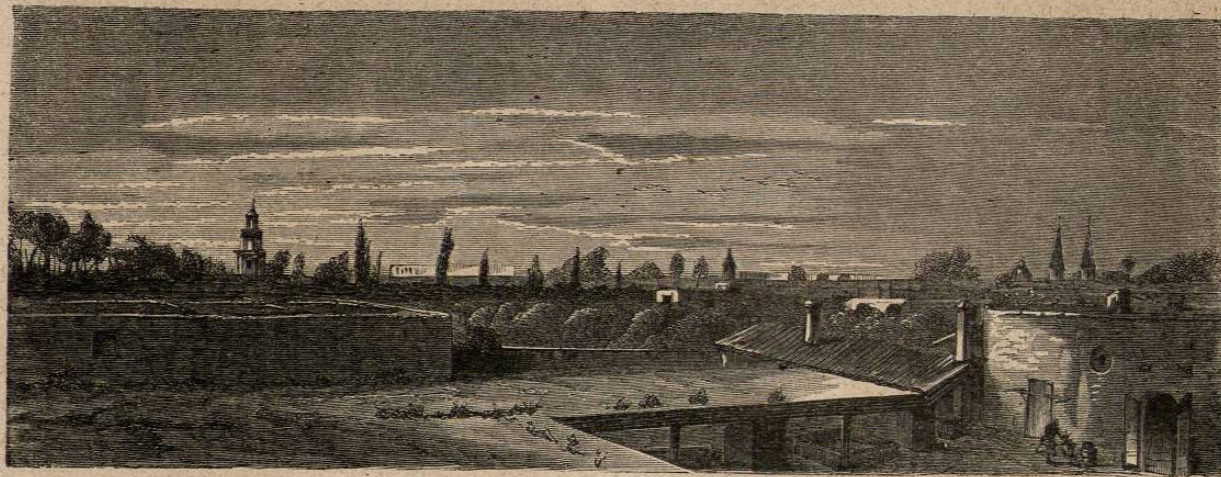


Revendedores mejicanos.

lujo de la hora de oro reservada al altar. Todo esto es de un sabor artístico bastante extraño, pero de un buen efecto de conjunto en esas construcciones bastardas y macizas del Renacimiento.

Por desgracia algunos detalles muy modernos

rompen esta armonía. Las numerosas estatuas de madera y piedra están vestidas y adornadas con una depravacion de gusto que espanta. No son sino vestidos de seda y gasa bordados y cortados á la última moda de 1830; pase para la Virgen, pero ¡para los



Azotea y fábrica de Guadalajara.

santos!... Figuraos á Jesucristo vestido con un traje de muñeca, de raso blanco con volantes y mangas de pernil, con su corona de flores contrahechas en una mano y su pañuelo bordado en la otra...

A 11 leguas de aquí poco mas ó menos, está Guadalajara á donde llegamos el dia siguiente. La garganta de la *Ratonera* que conduce á esta ciudad, es salvaje, pero cubierta de gran vegetacion y va á desembocar á la bella planicie descubierta en medio de la cual se halla Guadalajara. Como no debemos tomar

nuestros acantonamientos en la misma Guadalajara sino en el pueblo de San Pedro, situado en el camino de Méjico, seguimos por los arrabales del Mediodía, triste cintura de informes construcciones de adobe, horadadas por algunos agujeros á modo de puertas y ventanas.

En estos sucios antros bulle una poblacion mas sucia aun. Muchas casas hay inhabilitadas y otras en ruinas.

Cada arteria que cruzamos vomita del corazon de

la ciudad grupos de populacho: son los *pelados* de Guadalajara, célebres entre todos sus semejantes por su turbulencia, su corrupcion y la energía que llevan al vicio. Todos se confunden en una masa asquerosa sin distincion de edad ni sexo, sucios, casi desnudos, desvergonzados... Es una epopeya de miseria que solo Callot podria inmortalizar.

Una espléndida avenida de 4 á 6 kilómetros de

longitud, con muchas hileras de árboles, conduce á San Pedro.

San Pedro es un bonito pueblo de algunos centenares de almas, punto de reunion y de recreo los dias de fiesta para la gente de Guadalajara. La plaza es inmensa, sombreada por árboles nuevos y las casas adyacentes están pintadas con medias tintas y adornos blancos.



Plaza Mayor de Guana'uato.

Algunos comerciantes franceses establecidos en Guadalajara, en particular MM. Tarel, Lyon y Aguerre, nos dispensaron el favor de visitarnos. Venian acompañados de don Manuel Llanos, administrador de aduanas, mejicano educado en Francia que hablaba admirablemente nuestra lengua y que tenia sobre todo un excelente corazon. Este buen señor nos manifestó mucho interés y empleó todas sus relaciones en nuestro favor. Pero por desgracia ni su buena voluntad ni la de nuestros compatriotas podian hacer nada contra el decreto del dictador Santa Ana. Nuestra partida para Méjico fue, pues, fijada para el dia 11.

Mi salud, rudamente quebrantada por violentas y

TOMO V.

frecuentes emociones, me pone en el caso de inscribirme en la lista de enfermos que deben quedar en Guadalajara: estamos á 8. El 10 por la mañana nos despedimos de nuestros camaradas y partimos para la ciudad. Mis siete compañeros montan en asnos y son escoltados por un piquete de infantería. Yo he obtenido del coronel Esquero permiso para ir solo y á pie. Don Manuel Llanos que habia venido á San Pedro por la mañana, me encuentra en el camino á su vuelta, me hace subir á su carruaje y me deja en la puerta del hospicio de Belen, donde éramos esperados. En el camino me aconsejó tener paciencia y me prometió ponerlo todo por obra para obtener mi libertad, á la que iba yo ya á decir adios.

El oficial que mandaba el puesto me recibió y entregó al comisario del hospicio, quien me hizo entrar en su oficina, esperando la llegada de los otros. Este hombre, de unos cuarenta años de edad, y cara de fámulo, me tuvo los mayores miramientos, mandó que me sirvieran de comer, protestó de su alegría al encontrar en mí un *caballero*, me prometió su sincera amistad, y conociendo que yo conservaba aun algún polvo del colegio, también me habló en latín. Bajo el escudo de esta lengua muerta me dijo en las barbas del pobre oficial una porción de cosas malas contra el dictador Santa Ana y aun me ofreció proteger mi fuga.

A la llegada de mis compañeros volvió á tomar su máscara oficial para inscribirnos en sus registros; yo figuraba en ellos con el número 1,731. En cambio de nombres y apellidos, nos dió otro número de cama y á mí me cupo el 22.

Después del interrogatorio, vino una minuciosa inspección de nuestros efectos para hacer el inventario. Esta última formalidad no dejó de desagradarme, porque tenía una multitud de papeles, que en rigor hubieran podido comprometerme; pero el digno hombre, que se apercibió de mi descontento, muy mal disimulado, procuró tranquilizarme con sentencias de doble sentido, con señas ó movimientos expresivos.

Arregladas ya todas estas cosas, fuimos entregados al cabo de sala, quien nos condujo por una serie de vastos corredores abovedados, sombríos, desiertos, cortados á veces por macizas rejas, hasta una puerta de hierro con claraboya, en la que había un centinela. Encima había estos letreros: *Departamento de presos, Sala de cirugía*.

Abrieron la puerta y entré en una galería enlosada de 100 metros de longitud por 10 de latitud, sin otra salida que la puerta. Dos ventanas cimbradas, anchas y bajas, abiertas á 5 ó 6 metros del suelo, le dan luz: ni un agujero mas ni cosa de adorno en aquellas paredes de 2 metros de espesor. No había mas madera en la sala que las del techo, ni mas hierro que el de las rejas de la puerta y ventanas. Alrededor había un centenar de camas, compuestas de un gergon, una almohada de pluma y dos sábanas de algodón. Al pie de cada cama se veían dos groseros vasos de barro de color rojizo, que no tenían nada de etruscos, y cuyo uso pude al pronto adivinar.

Dos terceras partes de camas estaban ocupadas, á partir de la puerta, y fuimos relegados nosotros al fondo de la sala. Siendo el uniforme del hospital estar desnudos como gusanos entre las dos sábanas, se quiso hacérselo adoptar, á lo que nos opusimos enérgicamente. Esta medida, conveniente acaso respecto de la gente, entre la cual se nos colocaba, no podía

aplicarse á nosotros. Hay que decir que los sesenta y tantos enfermos que allí había, eran todos bandidos acusados de robos, riñas, asesinatos, que por causa de sus heridas esperaban en el hospital, la prisión ó la muerte.

Habiéndose prolongado la disputa, se me ocurrió la idea de llamar al capellan, quien se mostró tan frío como el cura de la Magdalena; pero resolvió la cuestión mandando que se nos dejara en paz, y entonces nos acostamos casi vestidos, entregándole antes nuestros efectos y dinero. El capellan recibió el depósito y no volvió á presentarse, sino para hacernos la devolución algunos días después.

Los enfermeros que, por lo demás, nos trataban con muchos miramientos, nos encargaron tener mucho cuidado, ya que habíamos cometido la imprudencia de conservar nuestros vestidos; porque había en la sala hombres capaces de asesinarlos cualquier noche por despojarnos, á pesar del centinela y de los enfermeros de guardia. Ya ha habido ejemplos de de esto, nos aseguraron.

Nada nos ocurrió, sin embargo: nuestros compañeros se mantuvieron siempre á respetuosa distancia de nosotros, y nosotros por nuestra parte no tuvimos con ellos ningún género de relaciones.

Nuestra vida no tenía nada de alegre: por la mañana tenía lugar la visita del médico. Don Pablo Gutierrez es alumno de la Facultad de París. Hablaba poco; pero nos cuidaba bien. Después venía el desayuno, que consistía en el *atole*, especie de alimento líquido, compuesto de harina de maíz, azúcar y agua; cocimiento de mucha estimación en el país. El *atole* de leche con canela es bastante agradable al paladar. A las once se distribuían los medicamentos prescritos; al medio día se nos daba una simple taza de caldo; después recibíamos visitas, y á la noche otro *atole* por cena.

A eso de las ocho venía el capellan á rezar. Colocábase en la puerta, ante una mesa que servía de altar, y en la que ardían cuatro velas. Su rojizo resplandor penetraba hasta el extremo de la sala, haciendo algo diáfana la oscuridad en que nosotros estábamos envueltos. Arrodillados en sus camas, los prisioneros contestaban al rezo, aullando como bestias: sus sombras salvajes se proyectaban fantásticamente en aquella media tinta; sombras extrañas vagaban en las paredes: era una visión infernal.

Concluido el rezo, solo una vela quedaba encendida y cesaba todo ruido al mismo tiempo. Un silencio sepulcral, por efecto de la transición, parecía entonces invadir todo el edificio que no está animado nunca. Estos aposentos inmensos separados por vastos patios, se elevan á la estremidad de un arrabal casi desierto: hubiérase creído que estábamos en el fondo del Escorial.

Durante el día, el vago murmullo de las conversaciones en voz baja, se apagaba al instante en esta quietud sepulcral, que únicamente turbaba por intervalos el lúgubre alarido de un loco furioso, cuyo aposento daba al patio inmediato. Por la noche esta voz, que gritaba, ¡asesinos! y pedía socorro, tomaba proporciones extrañas y desesperadoras como una fantasía de Ana Radcliffe.

El acontecimiento mas notable, durante nuestra permanencia en el hospital, fue la muerte de un preso, viejo, cubierto de heridas. Al comenzar su agonía, se puso un altar al lado de su cama: una mesa con su crucifijo, flores artificiales, agua bendita y velas encendidas. Estas medidas piadosas, pero de fuerte efecto, parece calculado para que el enfermo no escape, en el caso de una crisis favorable en el último momento. Es evidente que, al volver en sí el enfermo y ver este aparato mortuario, no puede menos de recibir una impresión funesta.

El cuerpo permaneció espuesto una noche y después fue conducido al enterramiento sobre unas angarillas.

El 13 nos visitaron don Manuel Llanos y Mr. Lyon, los cuales parecieron muy afectados al vernos en tal estado: nosotros no ocultamos nuestro disgusto tampoco. Así, pues, dando la fianza correspondiente, el general gobernador del Estado autorizó mi escarcelación, y el 15 me hallaba en libertad y bajo el techo hospitalario de MM. Tarel y Lyon, que fueron mis fiadores.

Guadalajara y sus paseos. — Nuestra Señora de Zapopan. — Reclutamiento mejicano. — Amnistía y partida.

La casa de estos señores está situada en uno de los arrabales al Oriente de la ciudad de que lo separa el riachuelo de Mexicalcingo: la casa forma por sí sola una manzana entera. La habitación de los dueños y los talleres, donde se tiñen la seda y el algodón y se tejen los rebozos, no ocupan sino una pequeña parte del edificio: lo demás está alquilado. Estas construcciones cubren apenas la mitad de la inmensa superficie de la manzana; en medio hay un gran jardín, cuyas altas paredes aislan enteramente los patios y dependencias de las habitaciones contiguas.

Las ventanas de mi habitación daban al jardín, que hubiera parecido un eden, aun á los ojos de un hombre que, como yo, no hubiera salido la víspera de las entrañas de piedra de Belén. Aunque una parte de su superficie estuviera destinada al cultivo de hortalizas, este lado práctico de la escena estaba rodeado de muchos esplendores para causar el menor desagrado. Era un mosaico monocromo, donde se mezclaban todos los matices del verde, esa risueña librea de la naturaleza. El plátano mecía sus anchas hojas por encima de los naranjos cargados de fruto, al lado

de la morera, del melocotonero y del peral. La flexible caña se alzaba en medio de los rosales y las rojas bellotas de la planta del café brillaban como rubíes en este bello esmalte. Los árboles del paseo de la Alameda, dominados por cúpulas y campanarios, formaban el marco de este cuadro, de que sobresalía la sombría pirámide de alguno que otro ciprés.

Aun no he olvidado aquel jardín, aquella atmósfera perfumada, aquel aposento en que he soñado tanto, aquellos portales bajo los que pasaba la mitad de nuestra existencia. Allí se recibían las visitas, se jugaba y discutía tomando el café después de la comida, y fumando un puro de Tepic. Allí he pasado algunos meses los mas felices de mi vida, en medio de una familia que reemplazaba la mía por sus cuidados.

Durante los primeros días salía poco, bien que estuviera en completa libertad; pero la gran necesidad de reposo y los dulces atractivos de mi nueva habitación me retenían agradablemente en casa. El 27 de setiembre puse el pie en la calle por la vez primera en honor de una gran fiesta nacional: era el aniversario de la entrada en Méjico en 1821, del ejército llamado de las *tres garantías*, mandado por Iturbide, vencedor de los españoles. Los negocios se suspenden este día: hay una gran parada por la tarde. Entonces ví por la primera vez la gala de aquellos soldados: una especie de túnica vieja azul descolorida y sucia, con franja y sin charreteras y un pompon en el chacó es toda la gala militar.

Después hay concurrencia en la plaza de Armas, donde dan música las bandas militares, y no mala música, pues los indios son muy aficionados á las artes. Allí se congrega toda la bella sociedad, y los abanicos se agitan y las miradas se cruzan y se encuentran en abundancia ese tipo que Mr. T. Gautier ha buscado vanamente en España. «Un óvalo prolongado y pálido, grandes ojos negros coronados por unas cejas de terciopelo, una nariz pequeña y algo arqueada, labios de granada, y sobre todo esto un tono ardiente y dorado, justificando el verso del romance: *Es amarilla como una naranja*.» Y es que la sangre de los guerreros de Motezuma corre aun por sus venas, mas ó menos mezclada con la sangre de los compañeros de Cortés.

Los hombres visten á la europea; véanse, sin embargo, algunas capitas españolas y sombreros de anchas alas que bastan para dar al conjunto un sello original.

Las mujeres usan el zapatito de raso y el vestido de seda: las enaguas, es decir, las faldas sin talle, son propias de las mujeres ordinarias; pero en el interior las damas mejicanas que se dan al *dolce far niente*, á la vida de molición propia de las mujeres de Oriente, suprimen también el tiránico justillo. El